

Capítulo 749: En La Casa De Una Amiga...

Bashenga probablemente nunca sería como sus hermanos, ni como el resto de su familia.

No era especialmente sentimental. Nunca les había dado un abrazo de manera voluntaria, ni había dicho nada positivo, que no estuviera cargado de mordaz sarcasmo.

Ciertas cosas eran simplemente difíciles de superar, y él no era ese tipo de dragón.

Y aun así, eso no lo hacía menos cercano a su familia. Todos sabían que los amaba, lo mejor que podía.

Siempre estaban dispuestos a encontrarse con él a mitad de camino.

Él todavía no entendía todo ese sentimentalismo, ni por qué insistían en dárselo, a pesar de sus numerosos rechazos.

Pero los siglos le habían traído aceptación. Ese calor familiar, del que creía estar por encima, se había convertido en algo que esperaba. Algo que valoraba.

Aunque él mismo aún no se hubiera dado cuenta.

Bashenga no sabía por qué de repente había derribado aquella casa.

La irritación que sintió al ver a Kronos plantarse frente a sus padres era, para él, inexplicable. Pero estaba ahí.

Y antes de darse cuenta, sintió el impulso de recordarle al dios del tiempo el tipo de acuerdo que tenían allí.

«Debió de haberseme olvidado en algún momento. A ti también, sin duda. Qué fácil puede venirse todo abajo...»

Kronos no se dejó engañar por la forma adolescente y engañosa de Bash.

Los oráculos habían predicho que un monstruo que simbolizaba el gran final oscuro vendría a aterrorizar el Olimpo, junto a su hermano, tras su renacimiento.

Los humanos lo habían entendido mal, y creían que esos sucesos ya habían ocurrido. Era el deber de Kronos, como rey de las deidades griegas, impedir que eso jamás sucediera.

Pero aun así, no podía simplemente mostrar el vientre y rendirse.



Había leyes que seguir, imágenes que mantener y respeto que mostrar.

«Qué barbaridad... ¿La destrucción gratuita es tu única razón para venir aquí?» Kronos giró la mano y el tiempo retrocedió sobre la casa.

En menos de un segundo, volvió a estar en pie, tal como había estado antes, y los días anteriores.

«¿Por qué te preocupas tanto? ¿De verdad tienes tan poco que hacer?»

«La llegada de tu familia merece toda mi atención. Incluso para alguien tan ocupado como yo.»

«Bueno, hoy no hemos venido por sangre ni almas, así que puedes volver a esas tareas por las que parece mostrar tan poco interés.»

Kronos sintió cómo le subía la presión divina.

«Creo que no. Mi agenda está de repente libre, así que creo que os acompañaré en vuestra visita.»

Bashenga mostró la primera sonrisa que había hecho desde su nacimiento.

«No... No lo creo.»

Apoyó la palma en la piedra de la casa otra vez, esta vez con resultados drásticamente distintos.

La vivienda se desintegró por completo, a nivel molecular. Lo único que quedó fue un montón de polvo del tamaño de seis sofás apilados.

Kronos no podría arreglarla de nuevo, aunque quisiera.

«De repente está un poco polvoriento aquí... Quizá alguien, sin nada que hacer, debería barrer esto.»

Bashenga se dio la vuelta con rapidez, ignorando el rostro cada vez más enrojecido de Kronos.

«Madres. Padre. Vamos.»

Abaddon y Ayaana se miraron con impotencia.

«Ese es tu hijo.» Él negó con la cabeza hacia ella.

«No, ese es tu hijo.» Ellas rieron y lo empujaron con el codo.

Juntos, junto a Gandora, rodearon a un Kronos atónito y se reunieron con su hijo, en su marcha por los escalones hacia el verdadero Monte Olimpo: el colosal templo blanco en la misma punta de la montaña.



No habían avanzado mucho, antes de que Ayaana le diera un pequeño pellizco en las mejillas a su hijo.

«Tú, mocoso. Se supone que la tarea de hacer enemigos le corresponde a tu padre y a nosotras.»

Bash apartó la mejilla de un tirón. «Sois tan irrefutablemente... Ni siquiera puedo empezar a encontrar las palabras. Que permitáis a ese hombre quedarse en su sitio y cuestionarnos, está más allá de mi comprensión.»

«Hombres como él son todos iguales, Bash. Sean divinos o mundanos. Si los pisoteas por completo, su orgullo los lleva a excavar en nuevos lugares e inspirar represalias.»

«He visto esas escenas más veces que vosotras, madres. Por eso creo que lo mejor es aplastar los pensamientos de rebelión, antes de que las ideas estúpidas empiecen a pudrirles. Que sigáis permitiendo que respire, está más allá de mí.»

«Somos Jueces, y por ahora no hay nada por lo que ejecutarlo. Lo sabes.» sonrió Ayaana.

Entrelazó su brazo con el de Bashenga y apoyó la cabeza en su hombro. «Por un momento casi parecía que estabas molesto por nosotras. Eso no será verdad, ¿cierto?»

Bashenga resistió el impulso de resoplar.

No respondió, y ni sus madres ni su padre hicieron más comentarios.

Pero en el fondo de sus corazones, sabían la verdad. Como dice un dicho moderno muy popular: “Lo que se entiende no necesita explicación.”

* * *

Al llegar al Monte Olimpo, había una variedad de salas dentro del templo. Algunas eran moradas de otros dioses y titanes, mientras que la mayoría eran salones de servicios.

Pero Abaddon y su familia se dirigían hacia los pisos más altos.

Allí se encontraba un largo pasillo, flanqueado por estatuas y altares.

Cada uno representaba a una deidad tallada en piedra; con un parecido significativamente más encantador de lo que se habría mostrado en la tierra.

Abaddon conocía bastante bien a cada deidad. Se esforzaba en mantenerse al día con todos los que eran casi tan antiguos como él.



Su destino era la estatua al final del largo pasillo: una mujer tallada en piedra negra y envuelta en el abrazo de un hombre.

Abaddon colocó la mano sobre el orbe púrpura que descansaba en el altar y esperó.

Tras cinco segundos, la estatua pareció cobrar vida al extender las manos.

Un agujero negro se formó entre las palmas de la estatua y parecía crecer más y más a cada segundo.

Finalmente, un portal entero se abrió justo delante de los tres dragones, y casi parecía invitarlos a entrar.

«...¿Estás seguro de que esta es una decisión sabia?» Bash arqueó una ceja.

«Está bien, hijo.» aseguró Abaddon. «Ella no nos hará daño.»

«Soy consciente de que no nos hará daño, pero ¿estás tan seguro de que tampoco nos atacará?»

«...No.»

Juntos, Abaddon y Ayaana se tomaron de la mano y entraron en el portal.

Por un momento Bash contempló si debía seguirlos, antes de decidir que quedarse allí no sería un uso preferible de su tiempo.

Él también entró en el portal, justo cuando dos mujeres diferentes aparecieron en el pasillo, ambas buscando a la familia que aparentemente se había desvanecido en el aire...

* * *

Abaddon y Ayaana llegaron a un espacio que les resultaba familiar a ambos. Oscuridad. Y un espacio aparentemente infinito de ella.

Lo único que ocupaba ese dominio eran estrellas, y un único parche de tierra, que sostenía una gran casa negra.

De pie en el césped, regando un macizo de flores, estaba una mujer a la que los tres conocían muy bien.

Tenía la piel suave y pálida, como si nunca hubiera visto un solo día de sol desde el momento en que la dio a luz.

Su cabello era largo, y tan oscuro que casi se confundía con el espacio a su alrededor. Por un momento, los tres casi no notaron que estaba recogido en un elaborado peinado.





Llevaba un vestido ajustado, con finos tirantes que caían sobre sus delgados hombros.

Su figura era más modesta que voluptuosa, pero estaba lo más lejos posible de carecer de atractivo.

Era apenas del tamaño de una mujer humana de mediana edad, y como tal quedaba fácilmente eclipsada por los tres Nevi'im.

Aunque, a juzgar por el brillo diabólico en sus ojos negros, parecía estar bastante emocionada por las posibles implicaciones de esas diferencias de tamaño.

«Vaya, ¿no es esto una sorpresa?. ¿Creía que habías dicho que nunca pondríais un pie en mi reino, a menos que llegara el fin de todo?»

